

GUILLERMO GARCÍA DOMINGO

ENEMIGOS DE HITLER

JUVENTUD Y RESISTENCIA
EN LA ALEMANIA NAZI



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 42

© Del texto, Guillermo García Domingo, 2024

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2024
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo, 2024

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

Fotografía de cubierta: Hans y Sophie Scholl con Christoph Probst, 1942.

© George (Jürgen) Wittenstein / Akg images.

Fotografía de solapa del autor: © Nora García Bujanda

ISBN: 978-84-127476-7-6

Thema: NHWR7, NHTX

Depósito legal: M-4183-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Consulta en la web de la editorial la guía de lectura de este libro.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Sumario

1. FIN DE TRAYECTO	11
2. NOVELA DE ESPÍAS	19
3. LOS PROMETIDOS	29
4. LA VENTANA ABIERTA	47
5. EL QUINTO JINETE	59
6. KOHTE	71
7. LOS NIÑOS PERDIDOS	91
8. LA UNIVERSIDAD	115
9. FRANCIA	127
10. EL DRAGÓN	153
11. LA IMPRENTA	173
12. HOJAS QUE VUELAN (1. ^a PARTE)	191
13. OSTEN	201
14. EL RETORNO	221
15. EL PROFESOR DE FILOSOFÍA	233
16. HOJAS QUE VUELAN (2. ^a PARTE)	253
17. LA NOCHE ES AMIGA DE QUIEN ES LIBRE	271
18. MORIR SERÁ UNA GRAN AVENTURA	291
19. LA EVASIÓN	331
20. MUERE Y LLEGA A SER QUIEN ERES	335
21. NADA HA SIDO EN VANO	341
22. NURMI	361
23. MAX	377
DRAMATIS PERSONAE	385
CRONOLOGÍA DE LA «ROSA BLANCA»	389

AGRADECIMIENTOS	395
BIBLIOGRAFÍA	397
APÉNDICE. HOJAS DE LA ROSA BLANCA	405
NOTAS	425
ÍNDICE ONOMÁSTICO	457

*A todos aquellas personas que han
comprendido que «la obediencia
ha dejado de ser una virtud» y han
actuado en consecuencia.*

Fin de trayecto

A propósito de esta guerra, un millar de manos han urdido un tapiz ancho como el espacio y largo como el tiempo que otras tantas manos, si pueden, habrán de terminar. Su carácter inconcluso recuerda a otro lienzo de tela que una reina de una isla griega tejía y destejía mientras se desesperaba esperando el regreso de su esposo. ¿Quién no ha oído hablar de esta mujer que vivió hace tres mil años, y de aquella guerra que dio comienzo hace ochenta años? Una de sus infinitas tramas podría ser una historia tan singular como la que viene a continuación. Dos hilos bastan para trenzarla. Uno del color del cielo y otro del color de la tierra. Dos hilos que se anudarán a su debido tiempo. Un aviador novato y una niña van a encontrarse, pero ninguno de los dos lo sabe. Cada uno llegará por medios distintos a su insospechada cita. Uno forma parte de la tripulación de un avión de guerra británico, ella es una pasajera de un tranvía en la ciudad alemana de Kassel. Él ignora que lleva un mensaje para ella. Es un episodio en el que sus dos protagonistas están unidos por una línea vertical imaginaria, que ya se inclina sobre la superficie horizontal del papel en un descenso literario vertiginoso de noventa grados. Si no fuera así, ¿por qué habría de sonar el aviso atronador de las sirenas que anuncia la llegada inminente de los bombarderos?

La advertencia convenida se extiende por toda la ciudad en ese momento del día en el que nadie está seguro de si es todavía de noche o ya se ha presentado el alba, en una jornada de invierno de un año muy señalado en el calendario de la guerra, 1943. No había tiempo que perder, así que todos los que ocupaban el vagón se apearon precipitadamente. Eran

numerosos los pasajeros que iban en los transportes atestados de las ciudades bombardeadas mientras arrastraban sus pensamientos sombríos que pesaban demasiado en el «doble fondo» de sus almas. Esta carga intangible era la que ralentizaba la marcha del tranvía y no la de los cuerpos delgados de los viajeros, sometidos a las pruebas de la escasez y el desabastecimiento. Entre ellos había dos mujeres, Elfriede y su joven hija Katharina, y un hombre que, enfrente de sus asientos, leía el periódico, que luego abandonó en el tranvía. Ellas tardaron en salir porque Elfriede portaba la maleta de su hija, que acababa de regresar del campamento para jóvenes evacuados en la región de Allgäu, donde había pasado varios meses. El último en bajar del vagón fue el conductor, que, por culpa del nerviosismo infundido por la situación, cometió el descuido de dejar abiertas de par en par las puertas del tranvía. Todos echaron a andar rápidamente hacia el refugio, que estaba a unos 400 metros en un sótano de un edificio administrativo del ayuntamiento de Kassel. Si se daban prisa, podían tener suerte y salir indemnes.

Ya se oían los amenazadores motores Rolls-Royce de los bombarderos británicos, que se acercaban a su objetivo después de sobrevolar a 250 millas por hora el canal de la Mancha, Rotterdam, el interior de Holanda y las ciudades gemelas de Essen y Dortmund. Su destino final estaba justo encima de la amplia avenida de Kassel, donde se había detenido el tranvía.

Sus ocupantes estaban a punto de acceder al edificio en el que pretendían protegerse del inminente bombardeo. En el último momento, madre e hija, que iban agarradas de la mano, se separaron bruscamente porque la adolescente cayó en la cuenta de que había olvidado en el tranvía la cartera que llevaba junto con la maleta. En el vano del portal, la madre, incrédula, le gritó que no se le ocurriera volver al tranvía.

«Enseguida me reúno contigo, no te preocupes, madre», le dio tiempo a escuchar mientras el tropel la arrastraba al interior del edificio, hacia las escaleras que conducían al sótano

en el que iban a esperar a que terminara el bombardeo. El pánico fue el último en entrar antes de que el responsable del edificio cerrara la puerta, después de echar un último vistazo a la joven que corría por la mitad de la calzada desierta en dirección al tranvía abandonado.

«Estamos encima del objetivo, oso hormiguero», dijo el piloto de uno de los Lancaster del cielo.

Joseph, el artillero menudo encargado de dejar caer las bombas, colgado en la parte frontal del avión, realmente se parecía, con su máscara y el tubo adherido a ella que le proveía de oxígeno que escaseaba a cierta altitud, a un oso hormiguero que desde lo alto buscaba algunas termitas con las que alimentarse. Era imposible que las encontrara a pesar de que el avión había descendido mucho. Los Lancaster no eran avionetas desde las que se podía saludar a los que miraban curiosos hacia arriba; desde un bombardero como aquel no se podía identificar bien al tranvía, y mucho menos a la temeraria chica que se acercaba a él en ese preciso momento. Volaban a una altura suficientemente inhumana y moralmente apropiada para los propósitos criminales de un bombardeo, en la noche que ya iba ocultándose hacia el oeste por el empuje inexorable del amanecer.

Aunque esta noche era distinta a las demás. No tenían la intención de destruir y matar como otros bombarderos habían hecho en tantas ocasiones anteriores. Ni tan siquiera las bombas de humo que dejarían caer de inmediato sobre la ciudad alemana iban provistas de él esta vez. El objetivo de la aviación británica era desmoralizar a la población alemana con la ayuda de unas octavillas que iban a lanzar sobre ella, para que recapacitara y dejara de prestar apoyo a Hitler. Y todavía había otro propósito oculto y fuera de lo común en esta acción militar. El destino había trastocado el plan de los mandos militares, que ahora consistía en entregar un mensaje a Katharina.

La cartera colgaba del asiento. Dentro estaban dos objetos muy valiosos para ella: el libro que le había permitido hacer

el viaje de vuelta hacia la infancia mientras sus compañeros evacuados se hacían adultos a toda prisa, que llevaba por título Peter Pan y Wendy; y el diario que comenzó la primavera pasada y en el que escribió durante los días de campamento. En sus páginas se refugió a su manera de los lejanos bombardeos, del deporte obligatorio, de las insoportables clases de adoctrinamiento, que impartían los profesores más viejos y cascarrabias, porque los más jóvenes se habían marchado o bien al frente o bien a ocuparse de la defensa antiaérea de sus ciudades de origen. Algunos de estos jóvenes entusiastas se ocupaban de la artillería antiaérea de Kassel, que ya estaba prevenida de la llegada de los aviones enemigos.

Al entrar en el tranvía vio tirado en el suelo el periódico Völkischer Beobachter que había estado leyendo el señor que estaba sentado enfrente de ellas. Permanecía abierto, y en una de sus páginas podía observarse la fotografía de unos aviadores británicos que habían sido capturados después de que su avión cayera durante el último raid sobre Berlín ocurrido unos días antes, el 12 de diciembre del mismo año. Antes de huir del tranvía, su madre había preferido ensimismarse con lo que sucedía en el interior del vagón y leer la portada del periódico que el hombre sostenía para evitar la visión deprimente de lo que había al otro lado de las ventanillas después de la destrucción de la ciudad acaecida en otoño. La fotografía de los humillados prisioneros con las manos en los bolsillos, con la que se ilustraba la noticia de su captura y, sobre todo, el detalle del pañuelo blanco que llevaban los aviadores enemigos en el cuello habían llamado la atención de Elfriede, la madre de Katharina, introduciéndola, sin que pudiera evitarlo, en un túnel del tiempo que recorrió hasta llegar a algún día de la guerra del 14 en el que, en su pueblo de Pomerania, asistió inconsolable al funeral de un apuesto aviador del que estaba secretamente enamorada. Ese aviador derribado solía llevar también un pañuelo del mismo color para proteger su cuello del frío.

«¿En qué estás pensando? ¡Es la hora y el lugar!», le conminó el piloto al artillero que estaba asomado sobre el suelo desde el balcón situado en la panza del avión.

Para ellos la jornada había comenzado de madrugada, convocados a la preparación de la misión de vuelo en uno de los barracones de un aeródromo del condado de Norfolk. Era la primera reunión del primer día de la nueva vida del joven aviador. Cuando el oficial les llamó la atención, «no os creáis demasiado listos, no se os ocurra pensar en nada allá arriba, os espero a la vuelta», estaba pensando, naturalmente, en novatos como él. Aquel consejo tenía su razón de ser. Demasiados compañeros no regresaron de sus incursiones.

«Afirmativo. “La carta ya está entregada”. Vámonos de aquí, menuda sorpresa se van a llevar», pensó para sí. Los pilotos tomaron rumbo a Norfolk de donde habían despegado muy temprano. También ellos se sorprendieron de la naturaleza de su misión, al enterarse en el barracón del plan de vuelo: lanzar sobre una ciudad del centro de Alemania cientos de miles de octavillas, algunas de las cuales pasaron de mano en mano entre los que estaban allí. Puesto que no entendían nada de lo que decían, porque estaban escritas en alemán, gastaron bromas sobre su hipotético contenido. El oficial que les ofrecía la información de la misión les amonestó:

—No os hace falta entenderla, basta con que la lea la población alemana a la que va destinada. El título es «Una hoja de Alemania: manifiesto de los estudiantes de Múnich».

En el mismo momento en el que Katharina pasaba por encima del periódico y cogía la cartera, el artillero accionó el mecanismo por el cual las bombas salieron del vientre de la ballena metálica, precipitándose hacia el suelo por el que ella corría a toda prisa en dirección al refugio. La bomba que iba a impactar contra el suelo, o al menos así lo creía ella, tenía que recorrer los mismos metros, medidos en vertical que los que ella tenía que recorrer en horizontal para alcanzar el portal del refugio antiaéreo. El artefacto no era explosivo ni incendiario, afortunadamente para ella, y a su debido tiempo

se abrió el mecanismo que dejó libres miles de hojas que cayeron del cielo mientras Katharina aporreaba una y otra vez la puerta para que la dejaran entrar en el edificio. De improviso las sirenas dejaron de sonar, los aviones se alejaron y ella vio cómo las primeras hojas se depositaban en el suelo. No había nadie más en la calle. La carta había llegado a su destinataria.

Parecía que se podía oír a Huber, el profesor de Múnich que era el redactor del texto de la octavilla, teclear firmemente en la máquina de escribir, al mismo tiempo que ella leía:

«Kommilitoninnen! Kommilitonen!» (¡Compañeras, ¡compañeros!) Nuestro pueblo se encuentra conmocionado por el hundimiento de los hombres en Stalingrado. Trescientos treinta mil hombres alemanes han sido abocados a la muerte, sin sentido e irresponsablemente, por la genial estrategia del cabo de la Primera Guerra Mundial. «Führer», ¡muchas gracias!

Esta última frase, que llamaba la atención por su desafiante sarcasmo, sí que era una bomba explosiva, que estalló en el interior de su cabeza produciéndole una excitación que llevaba varios meses, incluso años, sin experimentar.

El pueblo alemán está en efervescencia. ¿Vamos a seguir confiando el destino de nuestros ejércitos a un aficionado? ¿Vamos a sacrificar el resto de nuestra juventud alemana a los más bajos instintos de poder de una camarilla de partido? ¡Nunca jamás! El día del ajuste de cuentas ha llegado...

Dentro del refugio, su madre, Elfriede, no podía aguantar más. Mientras esperaba que los pasos del gigante pasaran de largo, su destino se había dividido fatalmente. La suerte de su hija y la suya eran divergentes de nuevo. Lo que había intentado evitar al recuperar a su hija evacuada se acababa de consumir. Suponía el doble de incertidumbre y sufrimiento. Por este motivo, sintió el doble de alivio cuando alguien entró

y gritó a los que se hacinaban dentro: «Podéis salir todos, finalmente no han caído bombas».

Afuera, Katharina siguió leyendo: «¡Estudiantes, nos mira el pueblo alemán! Freiheit und Ehre! (¡Libertad y honor!). Durante diez largos años han exprimido hasta el hastío estas dos magníficas palabras alemanas...».

Los que antes se peleaban por entrar ahora discutían por salir de su escondite. Su madre corrió precipitadamente hacia el tranvía, pero se detuvo al comprobar que su hija estaba de pie, en mitad de la calle, rodeada de octavillas. Estaba tan concentrada en la lectura que la adolescente no se dio cuenta de que su madre la abrazaba. Los demás se habían agachado a coger las hojas que empapelaban el suelo. Una esperanza de papel se superponía al polvo que se desprendía de los escombros pertenecientes a los edificios destruidos en los anteriores bombardeos. Los transeúntes, conforme leían la octavilla, se miraban unos a otros con suspicacia y la dejaban caer. A continuación, se aseguraban de que ningún guardia del municipio los hubiera visto cogerlas. No faltaba mucho para que también llegaran inútilmente, porque el bombardeo temido no se había consumado, los bomberos y los inquietantes camiones que transportaban a los «hombres fantasmas» (como les llamaba Katharina) del cercano monasterio de Breitenau. Eran los prisioneros forzados a desescombrar los edificios destruidos desde el aire por sus compatriotas y aliados.

Ella fue la única que guardó la hoja en la cartera junto con los libros de texto que nunca leyó y los cuadernos de ejercicios que no hizo. Esperaba que se quedara enganchada en el garfio del capitán pirata. Ya la leería tranquilamente y sin correr peligro alguno en su casa. Las ideas incluidas en la carta empezaron a pulirse como piedras preciosas mientras las acariciaba en el bolsillo de su pensamiento. Otra oleada rezagada de hojas cayó sobre los que estaban todavía desorientados en la calle. ¿Nadie, salvo ella, se había dado cuenta de que estaban lloviendo incontables pétalos de rosas blancas sobre la ciudad?

Novela de espías

La guerra de Katharina, Elfriede y Joseph es la última guerra mundial. Ni los historiadores ni los astrofísicos han sido capaces de explicar exhaustivamente la naturaleza de este agujero negro histórico, que atrae tragedia en lugar de masa. Este segundo acto consumió una energía bélica descomunal. Resultó ser un pozo donde la luz se despeñó, dejando sin iluminación al mundo. Una noche interminable envolvió la vida de cientos de millones de personas, condenadas a vivir un largo e inédito invierno que duró seis años.

Este acontecimiento masivo todavía deja sentir su atracción sobre nuestra época que se curva por su culpa y retrasa el avance decidido hacia el horizonte del futuro. Un refugiado de Irak que se embarca en una zodiac turca en un periplo imprevisible hacia la isla griega de Cos. Un agente financiero que traslada el dinero de la City de Londres a la bolsa de Tokio con solo apretar el botón del «ratón» de su ordenador. Un comerciante que se apellida Schneider y abre su comercio puntualmente en un mercado de Montevideo, a la misma hora en que un alcohólico en la gélida noche moscovita relata sus terribles experiencias en Afganistán a sus compañeros sin techo como él. Una traductora que acude, montada en su bicicleta, a su trabajo en la sede del Tribunal Europeo de Justicia en Luxemburgo. Una maestra jubilada coreana que llora en un banco solitario de un parque en Seúl porque echa de menos a su hermano que vive en Corea del Norte, al que no ve desde hace 40 años. Un trabajador francés que vuelve a su casa desde la central nuclear de Nogent 1. Un alumno de Madrid que comienza el curso escolar en un instituto de enseñanza

bilingüe (en inglés). Una anciana bielorrusa que cada vez que cuida de sus nietos se acuerda de la desaparición de su propio abuelo durante la ocupación alemana. La vida de todas y cada una de estas personas siente hoy los efectos de las ondas gravitacionales desencadenadas por aquel cataclismo no tan remoto.

En resumidas cuentas, hay una panoplia de acontecimientos necesariamente ligados a la entropía provocada por esta conflagración bélica: los procesos de descolonización en Oriente Medio, la declaración unilateral del Estado de Israel; la liberalización progresiva de los mercados financieros acelerada por la cancelación en los años setenta del acuerdo de Bretton-Woods y la quiebra del patrón oro, vigente desde 1944; el exilio de muchas familias judías por culpa de la hostilidad antisemita; la guerra fría y la invasión soviética de Afganistán; la creación de la Comunidad Económica Europea, que posteriormente se transformó en la Unión Europea; el empleo civil de la energía nuclear, la extensión del inglés como idioma universal, o la hegemonía geopolítica de los EE. UU. después del desmembramiento de la Unión Soviética. En el interior turbulento de esta explosión comienza la intrincada historia que este libro tiene la intención de contar.

La hoja que Katharina depositó a escondidas en su cartera fue redactada en un estado de enorme angustia y tribulación por el profesor de la Universidad de Múnich Kurt Huber a comienzos del año 1943, en un momento decisivo de esta guerra. En contra de lo que expresaba el título de la octavilla, el texto no había sido escrito, en esta ocasión, por ningún estudiante de esa universidad alemana. ¿Cómo llegó una hoja subversiva tan potencialmente peligrosa desde el escritorio de Huber hasta el Bomber Command de la RAF con el fin de ser lanzada, después de ser multiplicada en miles de ejemplares, sobre el territorio de Alemania? La respuesta da pie a un argumento digno de una novela de espías.

Cada una de las letras mecanografiadas le costó un alto precio a su autor, que formaba parte de la organización clan-

destina y resistente conocida como la «Rosa Blanca» («Die Weiße Rose»). Después de resolver muchas dudas y reticencias que le acuciaban, el profesor se había dejado persuadir por un grupo heterogéneo de sus alumnos matriculados en los cursos que Huber impartía en la Universidad de Múnich. A él le encomendaron escribir la sexta hoja, que resultó determinante y fatal para todos y cada uno de ellos.

La hoja fue distribuida en Múnich y en otros lugares de Alemania, y cayó en manos de un personaje extraordinario: Helmuth James von Moltke.¹ Este conde nació en 1907 en Kreisau, en la Baja Silesia. En la personalidad de Moltke había tantas estancias como en el castillo que recibió de su aristocrática familia. Rehuía el salón dedicado a honrar las gestas militares de sus ascendientes, no era el sitio idóneo para un convencido demócrata que postulaba ideas de entendimiento entre las naciones. Helmuth y James eran la misma persona de espíritu cosmopolita. Como era un gigantesco humanista (medía cerca de dos metros) visitaba a menudo la habitación que le servía para estudiar y guardar sus libros; tal vez porque era la única estancia en la que realmente se sentía pequeño. También frecuentaba la habitación tranquila en la que meditaba y profesaba su fe cristiana junto con su querida esposa Freya. Vivió en Inglaterra y Sudáfrica, de donde tuvo que regresar en 1934 para atender debidamente la enorme finca agrícola que podía otearse desde las ventanas de las habitaciones del castillo.

Gracias a su desahogada posición social no tenía necesidad de buscar amparo en la sede del partido nazi (como hicieron nada menos que ocho millones de sus compatriotas, que se afiliaron a dicho partido durante el III Reich). La única escalera de ascenso social y económico a disposición de las personas pertenecientes a las clases de menos renta económica coincidía con la que conducía a los distintos pisos de los edificios que ocupaba el NSDAP, el partido fundado y presidido por Hitler. Moltke tenía dinero suficiente para no tener que acreditar su ideología nacionalsocialista,

hasta podía permitirse el lujo de renegar de ella. El precio que pagó por esta negativa a prosternarse ante los nuevos amos, fue la imposibilidad de acceder a la judicatura. Pudo, en cambio, ejercer la profesión de abogado hasta el juicio postrero en el que se vio obligado a defenderse a sí mismo.

Una vez iniciada la guerra, el régimen nazi no podía permitirse renunciar a la contribución que podían hacer personajes de la valía de Moltke (experto en derecho internacional) aunque no hubieran mostrado una adhesión incondicional a su ideología, así que este fue convocado por el Alto Mando de la Wehrmacht en Berlín para trabajar en la Abwehr (el Servicio de Inteligencia Militar). Probablemente albergaban dudas sobre su lealtad al Führer, pero ninguna sobre su lealtad a Alemania en la guerra emprendida contra sus vecinos europeos. No se les ocurrió pensar que Moltke llegaría enseguida a la conclusión de que el mejor servicio que podía hacer por su país en la Abwehr era procurar que Hitler no siguiera dirigiéndolo. Por si fuera poco, le habían invitado a formar parte del sitio más propicio para un conspirador, concediéndole permiso para viajar a los países neutrales y a los que estaban ocupados por Alemania. Además, esta sección estaba dirigida por un personaje fascinante y ambiguo, el almirante Wilhem Canary, que, hacia el final de la guerra, traicionó a Hitler propiciando el intento de asesinato más ambicioso contra el canciller, organizado por Von Stauffenberg y perpetrado sin el éxito deseado el 20 de julio de 1944. Molke convocó a otros inconformistas afines: aristócratas, militares e intelectuales como él, que se reunían en secreto en su localidad natal con la intención de preparar el camino para la recreación de su país en un nuevo orden mundial sin el concurso de Hitler. La Gestapo tuvo conocimiento de sus actividades y los denominó el «círculo de Kreisau», porque la policía secreta también espía a los que intentaban establecer contacto con los enemigos. Precisamente este era el propósito de Moltke en el mes de marzo de 1943, después de que alguien le entregara, como ya mencionamos, un ejemplar de la última hoja que había

redactado y distribuido un grupo de la resistencia alemana, que residía en Múnich, formado por personas muy jóvenes. Introdujo esa hoja y otros documentos secretos y comprometedores en su equipaje antes de embarcar hacia Escandinavia.

El supuesto viaje de trabajo albergaba otras intenciones ocultas. Primero se reunió en Oslo con el obispo Berggrav, que estaba arrestado por su oposición a la ocupación nazi de Noruega. Le comunicó los recientes acontecimientos que protagonizaron los estudiantes de Múnich y su profesor Huber. Además, aprovechó para entregarle la hoja con el texto mecanografiado tanto a él como a Arvid Brodersen, miembro de la resistencia noruega, que la tradujo al noruego para publicarla clandestinamente. A continuación, a finales del mes de marzo decidió cruzar el mar Báltico y visitar a unos buenos y discretos amigos que tenía en Suecia (era un país neutral). Uno de ellos era el doctor Harry Johansson, quien le presentó a Ivar Anderson, que fue el encargado de llevar la sexta hoja (la que «llovió» sobre Katharina) a Inglaterra junto con un breve informe sobre los valientes estudiantes de Múnich. Von Moltke quería que los aliados, Gran Bretaña particularmente, conocieran la existencia de la «otra Alemania», la que se oponía a Hitler y que, con el apoyo de la población que cada vez manifestaba una mayor desafección hacia el régimen, por las recientes derrotas y bombardeos aliados sobre las ciudades, podía propiciar el final de la guerra y una consecuente posguerra democrática en Alemania. Con vistas a este doble objetivo, el conde escribió en Estocolmo otro largo informe que llegó (no en su totalidad) hasta Inglaterra a través de un intermediario norteamericano desconocido que se lo aprendió de memoria. El destinatario de este último informe era su amigo Lionel Curtis, que estaba muy bien relacionado con el gobierno británico (aunque hay constancia de que el primero en recibirlo fue el obispo de Chichester, George Bell).² Es seguro que el mismo Curtis u otra persona que sirvió de enlace hizo llegar la hoja de la «Rosa Blanca» a las personas adecuadas en Inglaterra.

A finales de este mismo año decisivo, la RAF (la fuerza aérea británica) recibió la orden por parte del jefe del Bomber Command, *sir* Arthur Harris, de lanzar las octavillas con el texto de la «Rosa Blanca» sobre Alemania para «desmoralizar a la población», y de paso quebrar su confianza en el líder del régimen y en la posibilidad de una victoria final en la guerra. No era la primera vez que Harris utilizaba las octavillas, preferentemente sobre las regiones menos nacionalsocialistas, ya fuera por su fe católica, por su mayoritaria condición obrera o por su desconfianza hacia Berlín. La zona prusiana del país, el Ruhr y el centro industrial de Alemania, donde estaba situada Kassel, eran los mejores candidatos para ser «empapelados». También lo eran Renania o la región de Baden-Württemberg (así se denomina el «Land» actual), donde no se decidieron del todo a sustituir el culto a su viejo Dios por la religión del nuevo «emperador». A Hitler no le apreciaban ni los obreros ni los aristócratas. Esta hoja en concreto no era del estilo de Harris. Pocos sabían que la había redactado un filósofo. Las ocasiones anteriores, el comandante en jefe británico había escrito de su puño y letra, con su particular retórica revanchista, otras octavillas en las que recordaba a la población alemana los bombardeos de la Luftwaffe sobre las ciudades británicas durante la batalla de Inglaterra y les advertía de la ya probada capacidad aliada para destruir todas las poblaciones alemanas si persistían en su apoyo a Hitler.³ Escribir no era lo suyo, a él le gustaba más dar lecciones de acero y fuego. A lo largo de la guerra, la RAF (sin tener en cuenta la contribución mortífera de la VIII USAAF estadounidense) dejó caer un millón de toneladas sobre 131 ciudades alemanas. Lo que provocó la muerte de 600 000 personas y dejó sin hogar a otras siete millones y medio de personas.⁴

Si las octavillas se hubieran lanzado sobre Kassel apenas dos meses antes, el 22 de octubre de 1943, se habrían desintegrado antes de llegar al suelo. Durante aquella infausta noche, 528 bombarderos Lancaster (el artillero mencionado en el capítulo anterior formaba parte de la tripulación de

uno de estos aviones) dejaron caer 1824 toneladas de bombas explosivas e incendiarias sobre Kassel.⁵ No solo sobre sus estratégicas fábricas de cohetes y locomotoras, sino sobre su centro histórico. La Edad Media de Kassel dejó de existir. No debería extrañarnos que Elfriede no quisiera contemplar lo que se veía al otro lado de las ventanillas del tranvía.

La noche de la destrucción de Kassel cuarenta y dos bombarderos que habían salido de los aeródromos del este de Inglaterra no aterrizaron de nuevo en el suelo inglés. Una vez que se tiene constancia de este hecho es más fácil entender el consejo del oficial a sus subordinados; «no penséis, *guys*, en el riesgo que corréis», debería haber añadido. Volar sobre el territorio continental y más si cabe en el interior de Alemania era de una temeridad casi suicida. La estadística es inapelable: seis de cada diez aviadores no volvieron de sus misiones en el continente, ni tuvieron la suerte de Joseph, el pequeño artillero, que cruzó de nuevo el umbral del aula (era maestro) como si no hubiera ocurrido una guerra, sino un largo recreo. Los artilleros del Avro Lancaster, pese a ir equipados con varias ametralladoras, eran apacibles cetáceos mecánicos mientras surcaban el cielo europeo. Eran ingenuas presas sentadas sobre un polvorín de bombas y miles de litros de combustible, para los pequeños y veloces cazas depredadores, de su mismo género volador, pero de otra especie, que se presentaban sin avisar con intenciones asesinas. Cuando no se convertían en forzados protagonistas para los nerviosos focos que les delataban, para que los FLAK antiaéreos (con cañones mortíferos de 88 mm) pudieran acertar en ellos. Era entonces cuando, incluso los más veteranos, apretaban las manos (sobre los mandos) y los dientes con tal fuerza que el dolor en los músculos y en las encías perduraba varios días.

Volar era y es peligroso, porque es una actividad tan inconcebible como el acto de pensar. No importan las consistentes explicaciones: la sustentación, la velocidad de las hélices, la sinapsis nerviosa entre las neuronas, los potenciales de acción, el sodio y el potasio de las células nerviosas, la energía de la que

proveen los motores, los neurotransmisores y todo lo demás. Seguimos ignorando cómo es posible pensar y volar. Las dos actividades nos llevan demasiado lejos y nos elevan muy por encima del suelo. Y si además se realizan juntas el riesgo es todavía mayor. La intención del oficial, que tomó la palabra en la charla que escucharon en el barracón del condado de Norfolk, probablemente era prevenir a los pilotos que estaban a su cargo del error que iba a cometer Antoine de Saint-Exupéry. ¿En qué estaría pensando el escritor francés, un año después, en 1944, cuando no advirtió, *attention, attention!*, que se acercaba a su «cola» el caza alemán que lo envió a reposar eternamente, junto con su avión de reconocimiento Lightning, en el lecho profundo del mar Mediterráneo?

El oficial pretendía persuadir a los aviadores de que no cometieran la imprudencia de pensar al mismo tiempo que volaban, como solía hacer temerariamente Saint Exupéry y los personajes intrépidos de sus libros.⁶ Tan pronto como emprendían el vuelo en virtud de la misión encomendada, los aviadores se convertían en los últimos miembros de un arca bíblica que huía a toda prisa de la tierra arrasada por la ira de Dios. Desde su torreta de plexiglás podía contemplarse únicamente, por culpa de la altura, un mundo bidimensional de valles, prados, acantilados, granjas sin animales y ciudades abandonadas, diseñado por un perverso demiurgo geómetra. Los tripulantes dudaban de su condición humana. Sus gorros, sus cazadoras, sus máscaras les otorgaban una apariencia extraña. Aquellos jóvenes aviadores, al menos había siete en cada bombardero, volaban a la distancia oportuna de Elfriede y su hija, que eran sus potenciales víctimas. Ares, la divinidad que apadrina la guerra, estaba satisfecho: los aviadores de la Segunda Guerra Mundial se amoldaban a la idea del soldado perfecto, a quien no persiguen el remordimiento y la culpa. La inteligencia moral les estorbaba, la consideraban un polizón que no era bienvenido en la tripulación de sus aviones.

En el cielo (y en la tierra) se había impuesto un «estado de excepción mental». «Forbidden to think» en el aire. Y

«verboten zu denken» a ras de suelo. Los pensamientos sombríos que albergaban en su interior los ocupantes del atestado tranvía estaban prohibidos también. El 18 de febrero de 1943, Elfriede había escuchado en la radio las preguntas retóricas de Goebbels (en su discurso del Palacio de Deportes de Berlín) de las que se deducía que no quedaba otra alternativa que no fuera la guerra total y la victoria definitiva, una vez admitida a regañadientes la caída de Stalingrado. Lejos de la ciudad soviética, en la retaguardia, Elfriede se daba cuenta de que los signos que ella descubría a su alrededor, desgraciadamente, eran similares a los que ella percibió a comienzos del año 1918, cuando era una niña de la edad de su hija y vivía en un pueblo de Pomerania (una región que después pasó a formar parte de Polonia): racionamiento en las tiendas, rumores que aludían a la ofensiva definitiva, y el luto permanente en los pueblos habitados por una población femenina y envejecida, ya fuera por los que morían debido a la gripe o por aquellos que eran masacrados en el frente. De regreso a esta guerra, la segunda de la que era testigo Elfriede en el transcurso de su vida, los bombarderos aliados traían noticias desde el cielo en el oeste de Alemania que contradecían a las que publicaban los periódicos del gobierno. Es posible frenar a los enemigos si se posee la determinación y los medios para hacerlo, pero ¿quién es capaz de detener al desaliento? Para intentar lograrlo, el régimen nazi endureció ostensiblemente la persecución y el castigo contra los «enemigos del pueblo» que no estuvieran dispuestos a responder como debieran a las preguntas de aquel discurso del ministro de propaganda. El propio Moltke fue víctima de esta campaña.

En el informe sobre los universitarios de Múnich, que Molke redactó para ser enviado a Inglaterra, aseguró que estaba impresionado y contento de que hubiera jóvenes con el coraje para «think for themselves» («pensar por ellos mismos») y actuar en consecuencia, aunque no compartiera del todo su método de enfrentarse directamente al régimen porque resultaba demasiado costoso en vidas («too costly in lives»).⁷